

LA QUIEBRA DE LAS DEMOCRACIAS EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

Es cierto que solemos considerar la I Guerra Mundial como el triunfo de la democracia. Sin embargo, difícilmente podría decirse que fue la defensa de la democracia lo que desencadenó la guerra. Fueron otros, y complejos, los motivos que llevaron a ella. (Además) la democracia no fue un valor en alza en la Europa de entreguerras. Los principios que venían sustentando el liberalismo pluripartidista ya habían sido objeto de críticas -o menosprecio- en los años previos al desencadenamiento de la guerra. En el periodo de entreguerras la democracia sufrió un ataque frontal desde dos flancos: desde la izquierda, (por) el ejemplo de la revolución soviética triunfante; (...) desde la derecha, por la *nueva derecha* y el fascismo, con su antiliberalismo, su extremo nacionalismo y sus proyectos de representación orgánica. De todas partes surgían críticas, más o menos agrias, al pluralismo partidista. Como ha apuntado René Remond, en unos países los valores democráticos eran débiles por su novedad y falta de tradición. En otros, se mostraron débiles por todo lo contrario: por su vejez frente a la novedad de los nuevos planteamientos de izquierda y derecha.

Esas críticas hallaron tanto más terreno abonado cuanto más ineficaces se mostraban los gobiernos y parlamentos en la resolución de los difíciles problemas que se acumularon. Quizá el motivo central de ello reside en algo que hoy podemos entender, pero que en su momento resultaba más difícil de aprehender: las transformaciones que el Estado y los mecanismos de representación y organización de intereses sufrieron durante los años de la guerra.

Me remito aquí a las conclusiones a las que llega Charles Maier. El equilibrio "nuevo y precario" alcanzado a mediados de la década de los veinte no fue un regreso a prescripciones ideológicas tradicionales, no fue una simple "restauración" de la sociedad burguesa de preguerra. Se estaban creando nuevas formas de distribución de poder, de un poder *corporatista*. Los procesos de democratización no significaban simplemente la incorporación de nuevos sectores sociales al juego tradicional de los regímenes constitucionales. (...) El Estado comenzaba a soportar una sobrecarga de demandas en el ámbito económico y social a las que muchas veces no podía hacer frente, y que contribuían a deteriorar su imagen de eficacia.

Según esto, sería un error limitar la conflictividad social de aquellos años a un enfrentamiento de clase entre burguesía y proletariado. Las fronteras de clase no podían responder, por ejemplo, de las tensiones y conflictos provocados por las espectaculares inflaciones -una de las "máquinas más destructivas que puedan imaginarse", como dice Adam Ferguson refiriéndose a Alemania-, o del desamparo de los sectores sociales *no organizados* frente a los acuerdos entre las organizaciones económicas y los sindicatos. De estas transformaciones algunos fueron conscientes, y otros no. Y entre los primeros hubo muchos que lo consideraron como la demostración de la definitiva descomposición de los regímenes democráticos.